

XXX

LA PRINCESA CLOTILDE

La princesa, que desembarca en Marsella el 2 de febrero de 1859, cumplirá diez y seis años el 2 de marzo.

Hija del rey Víctor Manuel (nacido el 14 de marzo de 1820) y de la archiduquesa de Austria, Adelaida (nacida el 3 de junio de 1822 y muerta el 20 de enero de 1855), ha aprovechado muy bien una educación excelente. En su actitud, en su lenguaje, en toda su persona, hay una mezcla de sencillez y de nobleza, de modestia y de dignidad, llena de encanto. Apenas pisa el suelo de Francia, aquella hija de reyes, aquella descendiente de héroes y de santas es saludada con veneración, é inspira una simpatía profunda á todos los franceses, incluso aquellos que no son partidarios de una guerra por Italia. ¿Es culpa de aquella dulce niña que su casamiento se relacione con negociaciones belicosas? ¿Se la puede culpar á ella, por cuyas venas circula la sangre de los Habsburgos mezclada con la de Saboya, de una lucha que será entre dos casas rivales una especie de guerra de familia? ¿Qué hay de común entre los horrores de los campos de batalla y la buena princesa que, fiel á los preceptos del Evangelio, hubiera deseado que todos los pueblos hubiesen podido vivir fraternal y cristianamente? En la multitud hay como un vago presentimiento de que la joven princesa no será feliz, y en sus facciones juveniles se distingue ya la huella de una tristeza y melancolía precoces.

2 febrero. — Al llegar á Marsella, el príncipe Napoleón y la princesa encuentran al general Fleury, ayudante de campo del emperador, así como á la condesa de Rayneval y madama de Saulcy, damas del palacio de la emperatriz, encargados de complimentarlos á su entrada en Francia. SS. AA. II., después de haber recibido á las autoridades, almuerzan en la prefectura y marchan á París á las tres y media. Una inmensa multitud ocupa las calles que conducen á la estación del camino de hierro, y grita: «¡Viva el emperador! ¡Viva el príncipe Napoleón! ¡Viva la princesa Clotilde!»

3 febrero. — Sus Altezas Imperiales se detienen por la mañana en Fontainebleau para descansar algunas horas, y son recibidos por la princesa Matilde, que abraza á su nueva cuñada.

A las tres, llegada á París. En la estación de Lyon se encuentran el mariscal Magán, el general de Lawoëstine, el prefecto del Sena, el prefecto de policía,

los oficiales del cuarto del príncipe Napoleón y el personal de la legación de Cerdeña. Las calles que el cortejo debe seguir están empavesadas con banderas francesas y sardas. La carroza del príncipe y de la princesa atraen todas las miradas. El cortejo recorre la calle de Lyon, la de Rívoli, la plaza de Saint-Germain l'Auxerrois, el patio del Louvre y la plaza del Carrousel. La guardia nacional y los tiradores de la guardia imperial forman la línea desde la entrada del Louvre hasta el arco de triunfo del Carrousel; el primer regimiento de coraceros de la guardia y uno de dragones están formados en batalla en esta plaza, y en el patio de las Tullerías la línea está formada por un batallón de tiradores de la guardia.

El emperador baja hasta el pie de la escalera grande para recibir á Sus Altezas Imperiales, y la emperatriz los aguarda en lo alto de la escalera, donde abraza á la princesa. Después comienzan las presentaciones en el salón Blanco, situado entre la sala de los Mariscales y el salón de Apolo. Algunos momentos después, SS. AA. se dirigen con el mismo séquito al Palais-Royal. El rey Jerónimo, rodeado de los oficiales de su cuarto, recibe á la princesa al apearse del coche, y después de haberla abrazado, la conduce á las habitaciones que le están destinadas. Por la noche, los esposos comen á la mesa del antiguo soberano de Westfalia.

5 febrero. — Gran banquete en las Tullerías, en la sala de los Mariscales, en honor de la recién casada.

La princesa Clotilde es muy apreciada desde luego en la corte. Su extrema sencillez no la impide tener un aire muy majestuoso; su reserva, su modestia y su tacto la granjean el afecto general. En el momento de instalarse en el Palais-Royal, se tiene buen cuidado de alejar las ideas tristes que pudieran comunicar algo de lúgubre á esta morada; y París se aparece á la joven princesa como una ciudad magnífica, que goza de una prosperidad extraordinaria. Se cree aún que las cuestiones al orden del día se podrán arreglar pacíficamente por la vía diplomática. El embajador de Austria, recordando que la esposa del príncipe Napoleón es hija de una archiduquesa, le manifiesta la mayor deferencia y asiste á todos los festejos que se dan en su honor. Hablando del casamiento, objeto de tantos comentarios, el conde de Buol asegura al marqués de Bonneville que, en cuanto á él, «no es de aquellos que han podido buscar un *indicio oculto*, y que los motivos de esta unión le parecieron siempre tales como el emperador Napoleón los expone, naturales y convenientes.»

Ciertos diarios de Viena, particularmente la *Prensa*, habían reproducido, dándoles un origen piamontés, algunas palabras inconvenientes respecto al casamiento. ¿Qué hizo entonces el gobernador imperial y real? Publicó en la *Correspondencia Austriaca*, periódico oficial, un artículo que podría tener por consecuencia la supresión de la *Prensa*, sobre la cual pesaban ya dos advertencias. El marqués de Bonneville escribe con este motivo al conde Walewski, en 2 de febrero: «El conde Buol me ha dicho que no había hecho más que obedecer á

un sentimiento muy natural de alta conveniencia, provocando la represión de tan indignas faltas, y que, sin hacer mérito alguno de un acto de simple decoro, había querido por lo menos manifestar su actividad para reprimir espontáneamente incalificables ataques.» El gobierno francés aprecia el buen proceder del gobierno austriaco y le expresa su agradecimiento.

La princesa Clotilde será respetada siempre y en todas partes, y durante los once años y medio que residirá en Francia dará el ejemplo de todas las virtudes. Se la verá presentarse en las fiestas oficiales con la noble actitud de la mujer nacida en las gradas de un trono; pero en el palacio observará la vida austera del claustro, sufriendo sin hablar jamás de sus padecimientos y ofreciéndolos humildemente á Dios. Los hombres políticos de todos los partidos tributarán homenaje á esta piadosa y caritativa princesa, que no será menos venerada en el infortunio que en los días prósperos, y que haciendo admirar á todos su resignación, su calma y su valor, saldrá de Francia con tanta dignidad como había entrado.

XXXI

EL FOLLETO ANÓNIMO

Víctor Manuel, después de haber presenciado en Génova la marcha de su hija á Francia, había regresado á Turín para aprobar un proyecto de empréstito de cincuenta millones que le fué sometido por su ministro de Hacienda M. Lanza. Era un verdadero empréstito de guerra, cuyo objeto no se podía poner en duda. El ministro terminaba así la exposición de motivos: «Ya sabéis que en la vida de los pueblos hay momentos supremos en que el sacrificio es un deber sagrado, una necesidad inexorable.» Todos se preguntaban con ansiedad qué papel desempeñaría Napoleón III en las grandes crisis que se preparaban.

El 3 de febrero de 1859, es decir, el día mismo de la llegada de la princesa Clotilde á París, el emperador anunció á sus ministros, muy sorprendidos, la publicación de un folleto en que se reflejaban sus ideas sobre la cuestión italiana.

Algunas horas después dicho folleto se ostentaba en los escaparates de todas las librerías; constaba de sesenta y cuatro páginas y no llevaba firma alguna, siendo su título *El emperador Napoleón III é Italia*.

En sus *Recuerdos del Segundo Imperio*, M. A. Granier de Cassagnac dijo, hablando del emperador: «Su trono le ha distraído de sus libros; pero los que los han leído saben que jamás Francia ni los demás países tuvieron un monarca preparado á reinar por una cultura intelectual más elevada. He aquí por qué tenía una idea tan exacta de la acción de la prensa sobre la sociedad moderna, y por qué trataba de dirigir esta acción con tanta solicitud. El emperador, que fué toda su vida periodista, amaba mucho la prensa; prisionero en Ham, se dedicó al periodismo en el *Progrès du Pas-de-Calais*; en el Eliseo continuó escribiendo con M. de La Guéronnière; en las Tullerías hizo lo mismo con M. Duvernois y M. Vitu; y por todas partes, desde 1850, escribió conmigo hasta en Wilhelmshehe, y hasta en Camden-Place, donde algunos meses antes de su muerte corrigió las pruebas de un folleto escrito por los dos y publicado por Amyot.»

El periodista coronado anteponía la prensa á la diplomacia, prefiriendo un buen artículo á un buen despacho político. Naturalmente, sus ministros veían con malos ojos su afición á la publicidad y no observaban sin despecho que con frecuencia estaban mucho peor informados que ciertos periodistas sobre las

ideas é intenciones de su señor. Napoleón III gobernaba algunas veces contra su propio gobierno, y no había dicho á su ministro de Negocios extranjeros, el conde Walewski, una sola palabra sobre el folleto que preparaba misteriosamente con el vizconde de La Guéronnière, folleto que era opuesto en absoluto á la política oficial seguida en el palacio del muelle de Orsay.

El autor anónimo del que se debía publicar con el título de *El emperador Napoleón III é Italia* era hombre de las más bellas cualidades, cuyos exquisitos modales se realzaban por un verdadero talento de escritor. Legitimista de origen, había llegado á ser discípulo favorito de M. de Lamartine, cuyo estilo tomó por modelo; y en 1848 escribía en el diario el *Pays*, que sostenía la candidatura del ilustre poeta para la presidencia de la República. En 1851 publicó una serie de *Retratos políticos*, entre los cuales figuraban los del conde de Chambord y de Luis Napoleón. Esta publicación tuvo gran éxito; el príncipe presidente quedó admirado, y esforzóse para granjearse la buena voluntad del autor. Elegido diputado por el Cantal en 1852, el vizconde de La Guéronnière dimitió su cargo para entrar en el Consejo de Estado, y en cuanto á publicidad, fué auxiliar é íntimo confidente del emperador.

El folleto inspirado por el soberano era la apología ardiente y entusiasta de la causa italiana. En un estilo verdaderamente propio de Lamartine se decía: «Italia es más que una hermana para las demás naciones; es una madre. Su genio, su poderío, sus instituciones, sus conquistas, sus obras maestras, y más tarde sus desgracias, su ruina y sus perturbaciones, todo, en fin, en la era antigua, así como en los tiempos modernos sus cónsules, sus tribunos, sus historiadores, sus monarcas, sus mártires y sus papas, contribuyeron á darla un carácter generador en cierto modo. En la política, en la guerra, en la legislación civil y penal, en las artes, en la elocuencia y en la poesía, lo mismo que en la religión, ha sido la patria común de todas las naciones civilizadas. Por lo tanto se podía decir que su influencia en el mundo no cesó jamás. Después de haberle subyugado, le ilustró, y cuando su dominación material se perdió, su dominio moral dió principio. El olvido de Europa sería ingratitude; el olvido de Italia sería abnegación. ¿Podemos pedir ese sacrificio á los que no han conservado de su grandeza pasada más que el orgullo de haberla justificado y la esperanza de encontrar un día algunos restos? Y si nosotros lo pidiéramos á Italia, ¿no tendría derecho para contestarnos con este pensamiento de Tácito en la *Vida de Agrícola*: «Hubiéramos perdido la memoria con la palabra si nos fuese dado olvidar y callarnos.»

En un magistral estudio, titulado *Napoleón III y su designio internacional*, M. Emilio Ollivier ha observado muy juiciosamente que se ha hecho mal en alejar del segundo emperador las ideas generales en medio de las que se formó su espíritu, y de las que fué más tarde un reflejo. Se hubiera debido, en vez de considerarle como una individualidad solitaria dependiendo tan sólo de sí misma, unirle al movimiento de su época. «Tomad las tesis democráticas, aña-

de M. Ollivier, tales como Lamennais, Armando Carrel, después Lamartine, y nuestros pensadores y poetas populares las habían formulado; mezclad algunas ideas del gran poeta y del gran pensador de Santa Elena; leed de nuevo los discursos palpitantes de Thiers antes de 1848, en favor de la Italia bajo la espada de Carlos Alberto y el báculo pastoral de Pío IX, y el bastón de Cabaignac, el 23 de mayo de 1849, intimando al ministerio á proteger la independencia y la libertad de los pueblos.... Combinad estos escritos, estas palabras, estos actos; sacad de aquí una regla de conducta, y sin perderos en conjeturas, en disertaciones ó en asombros, tendréis la definición rigurosa de toda la política de Napoleón III. Con una simple fórmula se resume: fué la de las nacionalidades.»

Napoleón había dicho en la roca de Santa Elena: «El primer soberano que en medio de la gran pelea abraza de buena fe la causa de los pueblos, se verá á la cabeza de Europa y podrá tener cuanto quiera.» Este pensamiento está inscrito evidentemente en el *Memorial* que inspiró el folleto *El emperador Napoleón III é Italia*. La idea fundamental es que los pueblos tienen derecho para disponer de su suerte.

Lo que el folleto recomienda para Italia no es la unidad, sino una unión federativa que tenga al Papa por presidente. «En vez de gobernar un pueblo inmóvil, extiende la mano sobre toda la Italia para bendecir á ésta y dirigirla; y es el jefe irresponsable y venerado de una confederación de veintiséis millones de cristianos que, clasificados en diversos Estados, van á terminar todos en el centro, donde se resumen la actividad y la grandeza de Italia.»

Bajo una forma moderada, bajo apariencias conciliadoras, el folleto desarrolla las ideas más atrevidas, las más contrarias á todas las tradiciones de la antigua diplomacia europea. Declara que «el carácter absolutamente clerical del gobierno de los Estados romanos es un contrasentido, una causa activa del descontento, y de consiguiente un motivo de debilidad para el mismo Papa, así como un peligro permanente de revolución.» No se limita á reclamar reformas en la península, y hace tabla rasa de los tratados. «Estos últimos, que unen á los gobiernos, dice, son las leyes internacionales de los pueblos, y no serían invariables sino siendo el mundo inmóvil. Si los tratados que deben proteger la seguridad de Europa la ponen en peligro, es porque no responden á las necesidades que los dictaron. La sabiduría política aconseja entonces sustituirlos con otra cosa. La potencia que se atrincherara detrás de los tratados para resistir á las modificaciones reclamadas por el sentimiento general, tendría sin duda para sí el derecho escrito, pero en su contra también el derecho moral y la conciencia universal.»

La conclusión del folleto es la siguiente: «¿Qué se ha de hacer, pues? ¿Apelear á la fuerza? ¡Que la Providencia aleje de nosotros esta extremidad! Es preciso recurrir á la opinión.... Dios reservaría sin duda una buena parte de gloria humana á los que sostuvieran la lucha. La gloria no nos tienta; tenemos bas-

tante, así en la historia del pasado como en nuestros acontecimientos contemporáneos, para no desear más; y de consiguiente deseamos con ansia que la diplomacia haga en la víspera de una lucha lo que haría al día siguiente de una victoria. ¡Únase Europa enérgicamente para esta causa de justicia y de paz! ¡Debe estar con nosotros, porque siempre estaremos con ella, para defender su honor, su equilibrio y su seguridad!»

En resumen, el folleto es pacífico en la superficie, pero belicoso en el fondo: lo que pide, es decir, la abolición de los tratados y la liberación de Milán y de Venecia, no se puede obtener sino por la guerra. Lo reconoce así el mismo autor, porque después de haber enumerado las fuerzas militares de Austria y sus formidables posiciones estratégicas en el Norte de Italia, añade: «De estos hechos resulta, para todo hombre de guerra, la verdad incontestable de que la nacionalidad italiana no será jamás resultado de una revolución, y que no podrá obtener buen éxito sin el auxilio extranjero.» Este auxilio es el de Napoleón III y su ejército francés.

Por primera vez se acaba de ver á un soberano infundir en la opinión pública su programa personal, y transformarse en cierto modo en periodista que publica un largo artículo sin firmarle.

XXXII

EL DISCURSO DE LA CORONA

Difícilmente se podría formar hoy idea de la importancia de los discursos de la corona durante el segundo Imperio. Napoleón III los redactaba él mismo con el mayor cuidado; corregía las pruebas, y los pronunciaba con voz fuerte y sonora, que oían muy bien los asistentes. El emperador tenía el privilegio de poder, con una sola frase ó una simple alusión, hacer bajar ó subir las Bolsas del mundo entero. Enviados inmediatamente por telégrafo á todos los países civilizados los discursos imperiales, eran por todas partes objeto de infinitos comentarios; estudiábanse minuciosamente todas las frases, y á menudo se deducían conclusiones contradictorias.

Jamás había sido esperado un discurso de la corona con más impaciencia que aquel con que Napoleón III debía abrir las sesiones del Senado y del Cuerpo legislativo el 7 de febrero de 1859. El folleto del vizconde de La Guéronnière había visto la luz pública tres días antes, y se tenía mucho empeño en saber si el soberano reproduciría del todo ó en parte las ideas expresadas en aquél. El público hacía diversas apreciaciones sobre dicho folleto; los unos le consideraban como un acontecimiento grave; los otros como un simple anuncio, y éstos se esforzaban en disminuir su alcance. Así en el terreno de los negocios como en el diplomático, aún había incertidumbre respecto á las verdaderas intenciones del emperador, y esperábase que el discurso de la corona disiparía las inquietudes, desvaneciendo los equívocos. La ceremonia tuvo lugar en la nueva sala del Louvre, destinada á la apertura de las sesiones legislativas, y á la cual se dió el nombre de sala de los Estados. El trono estaba sobre un estrado en el fondo de la sala, y á su derecha elevábase la tribuna de la emperatriz. Media hora antes de la llegada del emperador, las grandes corporaciones del Estado, las comisiones y las personas invitadas ocupaban los sitios que se les habían reservado. En las gradas del trono, á derecha é izquierda, hallábanse los cardenales, los ministros, los mariscales y almirantes y una comisión de los caballeros gran cruz de la Legión de Honor, así como los individuos del Consejo de Estado. Frente al trono, á la derecha, estaban los senadores, y á la izquierda los diputados; en la galería superior de la derecha veíanse los individuos del cuerpo diplomático con sus esposas, y las demás damas invitadas ocupaban la galería superior de la izquierda.